

NEW YORK TRIBUNE

Evelyn Hugo subasta sus vestidos

POR PRIYA AMRIT

2 DE MARZO DE 2017

Evelyn Hugo, leyenda del cine e *It Girl* de los años 60, acaba de anunciar que subastará doce de sus vestidos más memorables en Christie's con el fin de recaudar fondos para la investigación del cáncer de mama.

Hugo, de 79 años, ha sido durante mucho tiempo un ícono de glamour y elegancia. Es conocida por su estilo sensual y moderado a la vez, y muchos de sus atuendos más famosos se consideran referentes en la moda y en los anales de Hollywood.

A quienes deseen adquirir algo de la historia de Hugo les interesará, además de los vestidos en sí, el contexto en el que se lucieron. La subasta incluirá el verde esmeralda de Miranda La Conda que Hugo lució en la entrega de los Premios de la Academia de 1959, el violeta de gasa y organdí que se puso para el estreno de *Anna Karenina* en 1962, y el de seda azul marino de Michael Maddax que tenía puesto en 1982 cuando ganó el Oscar por *All for Us*.

Hugo ha protagonizado una cantidad de escándalos en Hollywood, principalmente a raíz de sus siete matrimonios, que incluyen su relación de varias décadas con el productor Harry Cameron. Las dos figuras de Hollywood tienen una hija en común, Connor Cameron, quien sin duda ha influido en la decisión de llevar a cabo la subasta, pues falleció de cáncer de mama el año pasado, poco después de cumplir 41 años.

Hija de inmigrantes cubanos, Hugo nació en 1938 con el nombre de Evelyn Elena Herrera, y se crio en la zona de Hell's Kitchen, en la ciudad de Nueva York. En 1955 ya había llegado a Hollywood, se había vuelto rubia y había adoptado el nombre de Evelyn Hugo. Casi del día a la noche, Hugo pasó a integrar la élite de Hollywood. Fue un personaje destacado durante más de tres décadas, hasta que se retiró a finales de los 80 y se casó con el financiero Robert Jamison, hermano mayor

de la actriz Celia St. James, tres veces ganadora del Oscar. Actualmente, ya viuda de su séptimo esposo, Hugo reside en Manhattan.

Con su extraordinaria belleza, ejemplo de glamour y sexualidad audaz, Hugo ha fascinado durante mucho tiempo a los cinéfilos de todo el mundo. Se calcula que esta subasta recaudará más de dos millones de dólares.



—¿Puedes venir a mi despacho?

Miro los escritorios que me rodean y luego nuevamente a Frankie, para corroborar a quién se dirige. Me señalo.

—¿Me hablas a mí?

Frankie tiene muy poca paciencia.

—Sí, Monique, a ti. Por eso he dicho: «Monique, ¿puedes venir a mi despacho?»

—Lo siento, solo he escuchado la última parte.

Frankie se da la vuelta. Tomo mi bloc de notas y la sigo.

Frankie tiene algo que resulta muy llamativo. No diría que se trata de una belleza convencional: sus rasgos son duros y sus ojos están muy separados; no obstante, es imposible mirarla y no admirarla. Con su complexión delgada, su metro ochenta de estatura, su cabello afro corto y su afinidad por los colores vivos y las joyas grandes, cuando Frankie entra a una habitación todos se fijan en ella.

En parte, ella fue el motivo por el que acepté este empleo. La admiro desde que estaba en la facultad de periodismo y leía sus artículos en las páginas de la misma revista que ahora dirige y para la que yo trabajo. Y, para ser sincera, resulta muy inspirador que la directora sea una mujer negra. Siendo yo misma de raza mixta —piel morena clara y ojos pardos heredados de mi padre negro, abundantes pecas en la cara heredadas de mi madre blanca—, Frankie hace que confíe en que algún día yo también podría ser directora.

—Siéntate —me dice mientras se sienta y señala una silla anaranjada que está al otro lado de su escritorio de Lucite.

Me siento tranquilamente y cruzo las piernas. Dejo que Frankie hable primero.

—Bien, hay una novedad curiosa —dice, mirando su ordenador—. La gente de Evelyn Hugo está preguntando por un artículo. Una entrevista exclusiva.

Mi primer instinto es decir: «¡Genial!». Pero también: «¿Y por qué me lo dices a mí?».

—¿Sobre qué en particular? —pregunto.

—Supongo que tendrá que ver con esa subasta de vestidos —responde Frankie—. Entiendo que para ella es muy importante recaudar la mayor cantidad posible de dinero para la Fundación contra el Cáncer de Mama.

—Pero ¿no lo confirman?

Frankie niega con la cabeza.

—Lo único que confirman es que Evelyn tiene algo que decir.

Evelyn Hugo es una de las estrellas de cine más grande de todos los tiempos. No es necesario que *tenga* algo que decir para que la gente le preste atención.

—Esto podría ser muy bueno para nosotros, ¿no? Es decir, es una leyenda viva. ¿No estuvo casada ocho veces o algo así?

—Siete —me corrige Frankie—. Y sí. Esto puede ser inmenso. Y por eso espero que me apoyes en lo que viene.

—¿A qué te refieres?

Frankie respira hondo y me mira con una expresión que me hace pensar que está a punto de despedirme. Pero luego dice:

—Evelyn me ha pedido específicamente que la hagas tú.

—¿Yo?

Es la segunda vez en cinco minutos que me sorprende que alguien tenga interés en hablar conmigo. Necesito aprender a ser más segura. Basta decir que últimamente no me ha ido muy bien en ese aspecto. Aunque, ¿para qué fingir que alguna vez fui muy segura?

—Para serte sincera, yo también reaccioné así —admite Frankie.

Ahora seré *yo* sincera: me ofende un poco. Aunque, obviamente, entiendo que su reacción haya sido esa. Llevo menos de un año trabajando en *Vivant*, haciendo sobre todo publirreportajes. Antes blogueaba para *Discourse*, una web cultural y de actualidad que se autodenomina revista de noticias pero que, en realidad, es un blog con titulares sensacionalistas. Yo escribía principalmente para la sección Vida Moderna, sobre temas que marcaban tendencia y artículos de opinión.

Después de años de trabajo independiente, entrar a *Discourse* me salvó la vida. Pero cuando *Vivant* me ofreció un empleo, no pude evitarlo. No podía dejar pasar la oportunidad de ser parte de una institución, de trabajar entre leyendas del oficio.

Pasé mi primer día junto a paredes decoradas con portadas emblemáticas, capaces de cambiar una cultura: la de Debbie Palmer, la activista por los derechos de las mujeres, posando desnuda en la cima de un rascacielos con Manhattan

como fondo, en 1984; la del artista Robert Turner pintando una tela mientras el texto declaraba que tenía SIDA, en 1991. Me parecía irreal formar parte del mundo de *Vivant*. Siempre había querido ver mi nombre en sus páginas satinadas.

Pero, lamentablemente, en los últimos doce números, no he hecho más que formular las preguntas consabidas a personajes de alta cuna, mientras mis colegas de *Discourse* intentaban cambiar el mundo y se viralizaban. Así que, por decirlo de forma simple, no estoy muy contenta conmigo misma.

—Mira, no es que no nos guste tu trabajo; nos encanta —explica Frankie—. Creemos que tienes un gran futuro en *Vivant*, pero esperaba asignarle esto a uno de nuestros periodistas más experimentados, a alguna de nuestras figuras principales. Por eso quiero ser absolutamente sincera contigo: no propusimos tu nombre al equipo de Evelyn. Les enviamos cinco nombres de los grandes, y nos respondieron esto.

Frankie gira la pantalla de su ordenador hacia mí y me muestra un e-mail de alguien llamado Thomas Welch, quien, supongo, es el publicista de Evelyn Hugo.

De: Thomas Welch

A: Troupe, Frankie

Cc: Starney, Jason; Powers, Ryan

O es Monique Grant o Evelyn no acepta el trato.

Miro a Frankie, atónita. Y, debo admitirlo, un poco deslumbrada al saber que Evelyn Hugo me quiere para algo.

—¿Conoces a Evelyn Hugo? ¿Es eso lo que pasa? —me pregunta Frankie mientras vuelve a girar el ordenador hacia su lado del escritorio.

—No —respondo, sorprendida de que me lo pregunte—. He visto algunas de sus películas, pero no soy de su época.

—¿No tienes ninguna relación personal con ella?

Niego con la cabeza.

—Ninguna.

—¿No eres de Los Ángeles?

—Sí, pero la única conexión que podría tener con Evelyn Hugo es que mi padre hubiera trabajado en alguna de sus películas. Él hacía fotografía fija en los platós. Puedo preguntárselo a mi madre.

—Genial. Gracias.

Frankie me mira expectante.

—¿Quieres que se lo pregunte ahora?

—¿Podrías?

Saco mi teléfono del bolsillo y envío un mensaje de texto a mi madre: *¿Papá trabajó en alguna película de Evelyn Hugo?*

Veo aparecer tres puntitos y, cuando levanto la vista, descubro que Frankie intenta espiar mi teléfono. Parece darse cuenta de que está invadiéndome y se echa atrás.

Mi teléfono emite un pitido.

Mi madre responde: *Tal vez. Fueron tantas que es difícil de recordar. ¿Por qué? Es una larga historia, le digo, pero intento averiguar si tengo alguna conexión con Evelyn Hugo. ¿Crees que papá la conoció?*

Mamá responde: *¡Já! No. Tu padre nunca andaba con ningún famoso en el plató. Por más que yo insistía en que nos hiciéramos amigos de algunas celebridades.*

Río.

—Parece que no. Ninguna relación con Evelyn Hugo.

Frankie asiente.

—De acuerdo. Bueno, pues, entonces la otra teoría es que su gente haya elegido a alguien poco influyente para poder controlarte a ti y, por ende, la narración.

Siento que mi teléfono vuelve a vibrar. *Eso me recuerda que quería enviarte una caja con trabajos antiguos de tu padre. Cosas espléndidas. Me encanta tenerla aquí, pero creo que tú la disfrutarás más. Te la enviaré esta semana.*

—Crees que buscan aprovecharse del más débil —comento.

Frankie sonrío levemente.

—Algo así.

—O sea que la gente de Evelyn lee los titulares de noticias, me encuentra como la periodista de menor rango y piensa que puede manipularme. ¿Esa es la idea?

—Me temo que sí.

—¿Y por qué me lo cuentas?

Frankie piensa antes de responder.

—Porque no creo que seas alguien manipulable. Creo que te están subestimando. Y quiero ese reportaje. Quiero que demos que hablar.

—¿Qué me quieres decir? —pregunto, y cambio ligeramente de posición en mi silla.

Frankie golpea las palmas de las manos frente a ella, las apoya en el escritorio y se inclina hacia mí.

—Te estoy preguntando si tienes agallas para estar cara a cara con Evelyn Hugo.

De todas las cosas que habría pensado que me preguntarían hoy, esta probablemente ocuparía el puesto nueve millones. ¿Tengo agallas para estar cara a cara con Evelyn Hugo? No tengo ni idea.

—Sí —respondo por fin.

—¿Eso es todo? ¿Sí?

Quiero esta oportunidad. Quiero hacer esa entrevista. Estoy harta de ser siempre la última de la fila. Necesito ser la primera, alguna vez, en algo, maldita sea.

—¿Sí?

Frankie asiente, pensativa.

—Mejor, pero aún no me convences.

Tengo treinta y cinco años. Hace más de una década que soy periodista. Quiero escribir un libro algún día. Quiero elegir los temas sobre los que escribo. Quiero llegar a ser la primera opción cuando llama alguien como Evelyn Hugo. Y aquí, en *Vivant*, no están aprovechándome. Si quiero llegar adonde me propongo, algo tiene que cambiar. Alguien tiene que apartarse de mi camino. Y tiene que ser rápido, porque esta maldita carrera es lo único que tengo. Si quiero que las cosas cambien, tengo que cambiar mi modo de hacer las cosas. Tal vez drásticamente.

—Evelyn me quiere a mí —razono—. Tú quieres a Evelyn. Me parece que no necesito convencerte, Frankie. Más bien tengo la impresión de que tú necesitas convencerme *a mí*.

Frankie se queda en silencio y me mira por encima de las puntas unidas de sus dedos. Mi intención era imponer respeto. Creo que tal vez me he extralimitado.

Me siento igual que cuando intenté entrenarme con pesas y empecé con las de dieciocho kilos. Cuando uno quiere abarcar demasiado desde el comienzo, resulta obvio que no sabe lo que hace.

Debo contenerme con todas mis fuerzas para no retractarme y deshacerme en disculpas. Mi madre me enseñó a ser amable y servicial. Hace tiempo que pienso que estar civilizado implica cierta sumisión. Pero esa clase de amabilidad no me ha llevado muy lejos. El mundo respeta a las personas que se creen capaces de gobernarlo. Nunca he entendido por qué, pero ya me he cansado de resistirme. Estoy aquí para llegar a ser Frankie algún día, quizás incluso más importante que

ella. Para hacer grandes cosas, trabajos importantes de los que pueda enorgullecerme. Para dejar mi impronta. Y hasta ahora no estoy siquiera cerca de lograrlo.

El silencio se prolonga tanto, que llego a creer que voy a ceder; la tensión aumenta con cada segundo que pasa. Pero Frankie cede primero.

—De acuerdo —dice, y extiende la mano al tiempo que se pone de pie.

Extiendo la mía, llena de asombro y de un intenso orgullo. Me aseguro de estrecharle la mano con firmeza. La de ella tiene una fuerza inquebrantable.

—Hazlo bien, Monique. Por nosotros y por ti misma, por favor.

—Lo haré.

Nos separamos y me dirijo a la puerta.

—Tal vez leyó tu artículo sobre el suicidio asistido en el *Discourse* —sugiere Frankie justo antes de que yo salga.

—¿Qué?

—Fue impactante. Tal vez por eso te quiere a ti. Así te encontramos nosotros. Es un artículo excelente. No solo por la cantidad de gente que lo leyó, sino por ti, porque es un hermoso trabajo.

Fue uno de los primeros artículos verdaderamente importantes que escribí por mi propia voluntad. Lo escribí después de que me asignaron un trabajo sobre la popularidad creciente de los microvegetales, especialmente en los restaurantes de Brooklyn. Yo había ido al mercado de Park Slope para entrevistar a un agricultor local, pero cuando le confesé que no entendía el atractivo de las hojas de mostaza, me dijo que su hermana decía lo mismo. Ella había sido muy carnívora hasta el año anterior, cuando había adoptado una dieta vegana, solo orgánica, para luchar contra un cáncer de cerebro.

Mientras conversábamos, me habló de un grupo de apoyo al suicidio con asistencia médica, al que habían entrado él y su hermana, orientado a quienes se encontraban en la fase final de su vida y a sus seres queridos. En el grupo había muchas personas que luchaban por el derecho a una muerte digna. La comida sana no iba a salvarle la vida a su hermana, y ninguno de los dos quería que sufriera más de lo necesario.

Entonces supe que quería, muy profundamente, ser la voz de las personas que integraban ese grupo de apoyo.

Volví a la oficina del *Discourse* y les propuse escribir sobre eso. Creí que me dirían que no, dados mis últimos artículos sobre las tendencias de moda y las críticas sobre las publicaciones de los famosos. Pero me sorprendieron al darme luz verde.

Trabajé incansablemente en ese artículo: asistí a reuniones en sótanos de iglesias, entrevisté a los miembros del grupo, escribí y reescribí, hasta estar segura de que reflejaba el tema en toda su complejidad, tanto la compasión como el deber moral de ayudar a poner fin a la vida de las personas que estaban sufriendo.

Es el artículo que más me enorgullece. Más de una vez, llegué a casa después de un día de trabajo y lo releí, para recordarme lo que soy capaz de hacer y la satisfacción que me da contar la verdad, por difícil que sea aceptarla.

—Gracias —le digo a Frankie ahora.

—Solo digo que tienes talento. Quizá sea por eso.

—Aunque probablemente no lo sea.

—No —admite—. Probablemente no. Pero si escribes bien este artículo, sea lo que sea, la próxima vez sí lo será.

THESPILL.COM

Evelyn Hugo se confiesa

POR JULIA SANTOS

4 DE MARZO DE 2017

Se rumorea que Evelyn Hugo, la sirena, la LEYENDA VIVA, la rubia más bella del mundo, va a subastar algunos de sus vestidos y *además* daría una entrevista, algo que no hace desde hace varias décadas.

POR FAVOR decidme que al fin está dispuesta a hablar de todos esos malditos maridos. (Cuatro, puedo entender; tal vez incluso cinco; seis, si me apuran, pero ¿siete? ¿Siete maridos? Y sin contar que todos sabemos que a comienzos de los 80 tuvo un romance con el Senador Jack Easton. Esa chica sí que no se estaba quieta).

Si no va a hacer revelaciones con respecto a sus maridos, esperemos que al menos confiese cómo se hizo esas cejas. Vamos, CUÉNTANOS LA VERDAD, EVELYN.

Cuando vemos fotografías de Evelyn en aquellos tiempos, con su pelo rubio oro, esas cejas rectas como flechas, esa piel bronceada y esos ojos entre marrones y dorados, no podemos más que dejar lo que estamos haciendo y mirarla.

Y no me hagan hablar de ese cuerpo.

Nada de trasero ni de caderas: solo unos enormes senos en una textura delgada.

Me he pasado toda mi vida adulta entrenándome para tener un cuerpo así. (Nota: Me falta mucho, pero mucho. Tal vez por los espagueti *bucatini* que he almorzado todos los días de esta semana).

Y aquí viene lo único que me hace perder los estribos: Evelyn habría podido elegir a cualquiera para esto. (Ejem, ¿a mí?) Pero eligió a una novata de *Vivant*. Habría podido conseguir a cualquiera. (Ejem, ¿a mí?) ¿Por qué a esa chica, Monique Grant, (y no a mí)?

Uf, está bien. Pero me da rabia que no me haya elegido.

Tendré que conseguir trabajo en *Vivant*. Ellos tienen todo lo bueno.

COMENTARIOS:

Hihello565 dice: Ni siquiera la gente de *Vivant* quiere seguir trabajando en *Vivant*. Mandamases corporativos que producen patrañas para atraer publicidad.

Pppppppppps responde a Hihello565: Sí, claro. Algo me dice que si la revista más sofisticada y respetada del país te ofreciera un empleo, lo aceptarías.

EChristine999 dice: ¿La hija de Evelyn no murió hace poco de cáncer? Creo que leí algo sobre eso. Me partió el alma. A propósito, ¿habéis visto esa foto de Evelyn junto a la tumba de Harry Cameron? Me sentí mal durante meses. Preciosa familia. Qué triste que los haya perdido.

MrsJeanineGrambs dice: Evelyn Hugo no me importa NADA. DEJAD DE ESCRIBIR SOBRE ESA GENTE. Sus matrimonios, sus amoríos y casi todas sus películas demuestran una sola cosa: Puta. *Three a. m.* fue una desgracia para las mujeres. Dedicaoas a gente que lo merezca.

SexyLexi89 dice: Evelyn Hugo es quizá la mujer más hermosa de todos los tiempos. ¿Recordáis esa escena de *Boute-en-train* en la que sale del agua desnuda y la cámara hace un fundido a negro justo antes de que se le vean los pezones? Excelente.

PennyDriverKLM dice: ¡Viva Evelyn Hugo por poner de supermoda el pelo rubio con cejas oscuras! Yo te aplaudo, Evelyn.

YuppiePigs3 dice: ¡Demasiado delgada! No es para mí.

EvelynHugoeraunasanta dice: Estamos hablando de una mujer que ha donado MILLONES DE DÓLARES a organizaciones que defienden a las mujeres maltratadas y a la comunidad LGBTQ+, y que ahora va a subastar vestidos para colaborar con la investigación del cáncer, ¿y solo se os ocurre hablar de sus cejas? ¡Venga ya!

JuliaSantos@TheSpill responde a EvelynHugoeraunasanta: Buena observación. MIS DISCULPAS. En mi defensa, quiero decir que ella empezó a ganar millones en los años 60 porque era fantástica para los negocios. Y nunca habría tenido la garra para lograr eso sin su talento y su belleza, y nunca habría sido tan bella sin ESAS CEJAS. Pero está bien, tienes razón.

EvelynHugoeraunasanta responde a JuliaSantos@TheSpill: Uf. Disculpa mi humor de perros. Hoy no he comido. *Mea culpa*. Por si te sirve de algo, creo que *Vivant* no hará esto tan bien como lo habrías hecho tú. Evelyn debería haberte elegido a ti.

JuliaSantos@TheSpill responde a EvelynHugoeraunasanta: Sí, ¿¿¿¿¿verdad????? ¿Quién es Monique Grant? ¡Qué aburrida! Se la tengo jurada...



Me he pasado los últimos días investigando todo lo posible sobre Evelyn Hugo. Nunca he sido una gran cinéfila, y mucho menos me han interesado las estrellas de Hollywood de antes. Pero la vida de Evelyn —al menos la versión oficial que se tiene ahora— da para diez telenovelas.

Está el matrimonio a corta edad que terminó en divorcio a sus dieciocho años. Luego el romance creado por el estudio y el matrimonio tumultuoso con Don Adler, de la élite de Hollywood. Los rumores de que lo abandonó porque la golpeaba. Su regreso en una película de la Nueva Ola francesa. La fuga apresurada a Las Vegas con el cantante Mick Riva. Su glamoroso matrimonio con el elegante Rex North, que terminó cuando ambos tuvieron romances extramatrimoniales. La bella historia de amor de su vida con Harry Cameron y el nacimiento de la hija de ambos, Connor. Su doloroso divorcio y casi inmediata boda con su antiguo director, Max Girard. Su supuesto romance con el Senador Jack Easton, mucho más joven que ella, que puso fin a su relación con Girard. Y, por último, su matrimonio con el financiero Robert Jamison, que, según se rumoreaba, había sido inspirado por el deseo de Evelyn de contrariar a Celia St. James, su antigua coprotagonista y hermana de Robert. Todos sus maridos han fallecido, por lo que Evelyn es ahora la única que puede aclarar algo de esas relaciones.

Sobra decir que me espera un arduo trabajo si quiero que me cuente algo sobre eso.

Esta noche, después de quedarme en la oficina hasta tarde, vuelvo por fin a casa poco antes de las nueve. Mi apartamento es pequeño. Creo que sería más apropiado definirlo como *una latita de sardinas*. Pero es asombroso lo grande que puede resultar un sitio pequeño cuando faltan la mitad de tus cosas.

Hace cinco semanas que David se fue y aún no he repuesto los platos que se llevó ni la mesa de centro que nos regaló su madre para la boda. Jesús. Ni siquiera hemos llegado al primer aniversario.

Cuando entro y dejo mi bolso en el sofá, me llama de nuevo la atención lo innecesariamente mezquino que ha sido al llevarse la mesa de centro. Su nuevo apartamento en San Francisco estaba totalmente amueblado gracias al generoso arreglo de traslado que le ofrecieron con el ascenso. Sospecho que tiene la mesa en un guardamuebles, junto con la mesita de noche que insistía en que le correspondía y todos nuestros libros de cocina. A esos no los echo de menos. Yo no cocino. Pero cuando llegan cosas con la inscripción «A Monique y David, por muchos años de felicidad», uno considera que la mitad le pertenece.

Cuelgo mi abrigo y pienso, no por primera vez, qué pregunta se acerca más a la verdad: ¿David aceptó el nuevo empleo y se mudó a San Francisco *sin mí*? ¿O yo me negué a abandonar Nueva York por él? Mientras me quito los zapatos, decido una vez más que la respuesta está en algún punto medio. Pero luego vuelvo al mismo pensamiento que me duele como la primera vez: *Se ha ido*.

Pido un *pad thai* por teléfono y entro en la ducha. Abro el agua muy caliente. Me encanta cuando el agua está tan caliente que casi quema. Me encanta el aroma del champú. El lugar en el que soy más feliz bien podría ser bajo una ducha. Aquí, entre el vapor, enjabonada, no me siento Monique Grant, la mujer abandonada. Ni siquiera Monique Grant, escritora postergada. Aquí soy solo Monique Grant, dueña de productos de tocador de lujo.

Cuando ya tengo la piel arrugada por estar bajo el agua, me seco, me pongo un pantalón deportivo y me peino, justo a tiempo para ir a abrirle la puerta al reparador.

Me siento con el envase de plástico e intento ver la televisión. Trato de desconectarme. Quiero que mi cerebro haga algo, lo que sea, para no pensar en el trabajo o en David. Pero cuando me termino la comida, me doy cuenta de que es en vano, así que me pongo a trabajar.

Todo esto es muy intimidante: la idea de entrevistar a Evelyn Hugo, la tarea de controlar su narración, de intentar impedir que ella controle la mía. Soy propensa a prepararme en exceso. O sería más apropiado decir que siempre he sido un poco avestruz, dispuesta a enterrar la cabeza en la arena con tal de evitar lo que no quiero enfrentar.

Por eso, durante los siguientes tres días, no hago otra cosa que investigar sobre Evelyn Hugo. Paso los días leyendo artículos viejos acerca de sus matrimonios y sus escándalos. Y por la noche, después del trabajo, veo sus películas.

Miro escenas de ella de *Carolina Sunset*, *Anna Karenina*, *Jade Diamond* y *All for us*. Miro el GIF de ella saliendo del agua en *Boute-en-train* tantas veces que, cuando me duermo, vuelvo a verlo una y otra vez en mis sueños.

Y mientras veo sus películas, empiezo a enamorarme de ella, solo un poquito. Entre las once de la noche y las dos de la madrugada, mientras el resto del mundo duerme, su imagen se mueve en mi ordenador portátil, y el sonido de su voz llena mi sala.

No se puede negar que es una mujer de una belleza deslumbrante. La gente suele hablar de sus cejas espesas y rectas y de su cabello rubio, pero yo no puedo apartar los ojos de su estructura ósea. Tiene un mentón fuerte, pómulos altos, y todo se une en sus labios carnosos. Sus ojos son grandes, pero no redondeados, sino más bien con forma almendrada de mayor tamaño que el común. Con su cabello claro, su piel bronceada le da un aire veraniego, pero a la vez elegante. Sé que no es natural ese color de cabello con una piel tan morena, pero no logro quitarme la sensación de que *debería* serlo, de que los seres humanos deberían nacer con ese aspecto.

No me cabe duda de que a eso se debe, en parte, que el historiador cinematográfico Charles Redding dijera una vez que la cara de Evelyn resultaba: «Inevitable. Tan exquisita, casi perfecta, que cuando uno la mira, tiene la impresión de que sus rasgos, en esa combinación, con esas proporciones, tenían que darse tarde o temprano».

Recorto imágenes de Evelyn en los años 50, vestida con jerséis ceñidos y sujetadores en punta; fotos de prensa de ella y Don Adler en los Estudios Sunset poco después de casarse; capturas de ella de comienzos de los 60, con cabello largo y lacio y flequillo suave y espeso, vestida con pantalones muy cortos.

Hay una foto de ella con un bañador, sentada en una playa prístina, con una enorme capelina negra que le cubre la mayor parte de la cara; el sol iluminando su pelo y el lado derecho de su rostro.

Una de mis favoritas es una fotografía en blanco y negro de la entrega de los Golden Globe de 1967. Está sentada junto al pasillo, con el cabello recogido en un peinado flojo. Lleva un vestido de encaje de color claro muy escotado; el escote está controlado, pero es muy revelador, y su pierna derecha asoma por la raja de la falda.

A su lado hay dos hombres sentados, cuyos nombres no han quedado registrados, que la observan mientras ella mira hacia el escenario. El que está junto a ella tiene la mirada puesta en su pecho. El siguiente le mira el muslo. Los dos parecen embelesados y esperanzados de llegar a ver un poquito más.

Tal vez estoy interpretando demasiado esa foto, pero empiezo a advertir algo que se repite: Evelyn siempre te deja con ganas de un poco más. Y siempre te lo niega.

Incluso en su escena de sexo en *Three A.M.*, de 1977, que tanto dio que hablar, en la que ella se retuerce montada sobre Don Adler, pero dándole la espalda, se le ven los pechos completos durante menos de tres segundos. Durante años se rumoreó que las increíbles cifras de taquilla de esa película se debían a que las parejas iban a verla varias veces.

¿Cómo sabe con exactitud cuánto dar y cuánto retener?

¿Y cambiará algo de eso ahora que tiene algo que decir? ¿O va a jugar conmigo como jugó con el público durante años?

¿Será que Evelyn Hugo va a contarme solo lo suficiente como para mantenerme en suspenso, pero sin revelarme nunca nada en realidad?